

541 542 OPUSCULUM TRIGÉSIMO PRIMERO. CONTRA LA AVARICIA Y EL DESEO DE REGALOS.

ARGUMENTO.

Detesta gravemente el vicio de la avaricia, especialmente en la aceptación de regalos, y exhorta a los cardenales obispos a intentar, si es posible, arrancarlo y exterminarlo de toda la Iglesia y de las mentes de los sacerdotes. Este sabio consejo lo da un hombre santísimo. Veía que casi todas las calamidades y sufrimientos que en ese tiempo oprimían y afligían a la república cristiana derivaban de la fuente de la avaricia; y si la Iglesia principal oprimiera esta pestilencia tan horrible, parecía evidente que luego sería fácil abolirla en todo el orbe católico.

A los cardenales obispos de la sede apostólica, PEDRO, pecador y monje, salud en el Señor.

Así como las palabras son indicios de los sentimientos para los presentes, las cartas son instrumentos de las almas para los ausentes. La industria del arte bélico, así como se aprende en la guerra, para luego enseñarse en la paz; así a veces, mientras se enseña en el ocio, se ejerce con más cautela en la guerra. En el conflicto de la sede apostólica, en el cual ustedes aún luchan unánimemente, yo también combatí. Pero he aquí que, estando ya liberado del cinturón militar y establecido en la paz del municipio, me agrada enseñar lo que aprendí.

[CONTRA LA AVARICIA Y EL DESEO DE REGALOS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que los jueces no pueden aceptar regalos ni siquiera gratuitamente.

Entre todas las filas de vicios que nos rodean, entre las densas tempestades de dardos que caen como granizo, es necesario que ustedes vigilen atentamente contra la avaricia, y siempre opongan un escudo a sus flechas. Pues esta avaricia anhela precipitadamente infligir una herida letal a los miserables; sin embargo, al principio busca extinguir la mirada no de la frente, sino del corazón. De ahí que el Sabio diga: «Los regalos y dones ciegan los ojos de los jueces, y como mudo en la boca aparta sus correcciones (Eclo. XX; Deut. XVI).» Pues se arma con regalos a los que se acercan, y a través de ellos expugna y ciega los corazones de aquellos que tienen lugar para sugerir en los oídos principales, de los cuales el Señor se queja por medio de Isaías, diciendo: «Tus príncipes son infieles, compañeros de ladrones, todos aman los regalos, siguen las recompensas (Isa. I).» Que alguien diga: Yo ciertamente no busco nada, pero si algo se ofrece gratuitamente, no me niego a aceptarlo. He aquí que aquí no se señala a los que buscan regalos, sino a los que simplemente los aman. Que también se les llame con razón compañeros de ladrones, porque al recibir regalos furtivos, temen ser descubiertos por sus compañeros y socios como si estuvieran en el crimen de robo. Y es de notar lo que se dice: «Siguen las recompensas;» porque aunque prestan la ayuda que se les pide a sus benefactores, no evitan las manchas de culpa; porque al recibir la retribución de su beneficio, pierden el fruto de la recompensa eterna. De los cuales poco después dice: «¡Ay! Me consolaré sobre mis enemigos, y me vengaré de mis adversarios (Ibid.).» Los hijos de Samuel claramente no se les encuentra otro crimen, sino que amaron los regalos, y porque no siguieron el ejemplo de la pureza paterna; perdieron irrecuperablemente el principado del pueblo israelita. Y es de notar que cuando la Escritura dice de ellos: «Se desviaron tras la avaricia, recibieron regalos,» inmediatamente añade: «pervirtieron el juicio (I Sam. VIII).» Pues es cercano y contiguo que, después de recibir un regalo, también se pervierta el juicio con el juez corrompido. ¡Oh, cuán limpia tenía Samuel la frente de los regalos, cuando decía: «He caminado delante de ustedes desde mi juventud hasta este día, aquí estoy, hablen de mí

delante del Señor y de su Cristo; si he tomado el buey de alguien, o el asno, si he calumniado a alguien, si he oprimido a alguien, si he recibido un regalo de la mano de alguien; y lo despreciaré hoy, y se lo devolveré (I Sam. XIII).» De donde también se ordena en la ley: «No aceptes regalos, que ciegan incluso a los prudentes, y pervierten las palabras de los justos (Éxodo XXIII).» Y en el Deuteronomio no es diferente: «No aceptarás persona, ni regalos; porque los regalos ciegan los ojos de los sabios, y cambian las palabras de los justos (Deut. XVI).» ¡Cuán reacio estaba Abraham a recibir regalos, cuando se oponía al rey de Sodoma, Bara, diciendo: «Levanto mi mano al Señor Dios altísimo, poseedor del cielo y de la tierra, que desde un hilo hasta la correa de un zapato no tomaré nada de lo que es tuyo (Gén. XIV).» ¡Cuán limpio estaba Moisés de recibir regalos, quien traía al Señor que todo lo sabe como testigo: «Tú, dice, sabes que ni siquiera un asno he tomado de ellos, ni he afligido a ninguno de ellos (Núm. XVI).» Pues donde se ansían los regalos, es consecuente que, así como el juez justifica a este por el precio recibido, así aflige a aquel que no dio nada. De donde se dice por Isaías: «¡Ay de los que justifican al impío por regalos, y quitan la justicia al justo! (Isa. V.)» A los cuales inmediatamente amenaza con la venganza que les corresponde, cuando añade: «Por eso, como la lengua de fuego devora la paja, y el calor de la llama la consume, así su raíz será como ceniza, y su germen se elevará como polvo (Ibid.).» De los cuales el mismo profeta se queja en otro lugar diciendo: «Todos se han desviado por su camino, cada uno por su avaricia desde el más alto hasta el último (Isa. LVI).» La avaricia ciertamente provoca la ira de Dios todopoderoso contra sí misma; y el corazón que posee, lo atormenta siempre con pensamientos vanos. De ahí que se queje del pueblo avaro, diciendo: «Por la iniquidad de su avaricia me enojé, y lo herí, y me escondí, y me indigné, y se fue vagando por el camino de su corazón (Isa. LVII).»

CAPÍTULO II. Que se obtiene fruto de las riquezas si se distribuyen a los pobres.

Ciertamente ninguna podredumbre de herida hiede más intolerablemente en las narices de Dios que el estiércol de la avaricia. Y mientras el codicioso acumula ganancias de dinero sucio, convirtiendo el atrio en letrina, amontona como un montón de estiércol. De ahí que se diga por Ezequiel: «Su plata será arrojada fuera, y su oro será como estiércol; su plata y su oro no podrán librarlos en el día de la ira del Señor (Ezequiel VII):» y en otro lugar está escrito: «¡Ay de aquel que multiplica lo que no es suyo, hasta cuándo, y carga contra sí mismo un denso lodo!» (Habacuc II.) Ciertamente, cargar contra sí mismo un denso lodo es acumular ganancias terrenales con el peso del pecado. También el profeta Habacuc: «¡Ay, dice, de aquel que acumula avaricia mala para su casa! para que su nido esté en lo alto, y se cree libre en el día del mal (Ibid.).» Pues así como la madera no sacia el fuego, así la acumulación de dinero no apaga el ardor de la avaricia. Pero así como la llama se eleva con el combustible, así también la avaricia, mientras se acumulan ganancias, se incrementa. De donde también Eclesiastés: «El avaro, dice, no se saciará de dinero; y el que ama las riquezas, no obtendrá fruto de ellas (Eclesiastés V).» Ciertamente obtendría fruto de ellas si quisiera esparcirlas bien sin amarlas; porque al retenerlas las ama, aquí ciertamente las deja sin fruto; 544 donde también sigue: «Donde hay muchas riquezas, hay muchos que las consumen (Eclesiastés V.).» ¿Y qué aprovecha al poseedor, sino que ve las riquezas con sus ojos? De las cuales el mismo Salomón dice: «Riquezas conservadas para mal de su dueño. Pues perecen en una aflicción pésima; engendrará un hijo, que estará en suma pobreza (Ibid.).» Y para mostrar cuán infieles son las riquezas al poseedor, inmediatamente añade: «Así como salió desnudo del vientre de su madre, así volverá, y no llevará nada consigo de su trabajo. ¡Miserable debilidad! como vino, así volverá. ¿Qué, pues, aprovecha que trabajó en vano todos los días de su vida? etc.» (Ibid.) ¿Acaso por eso acumulamos ganancias, para redimir posesiones y propiedades? Pero, ¿qué aprovecha extender los confines de nuestro propio

derecho, cuando no pueden prolongar las estrecheces de nuestra vida? De donde el hombre sabio dice: «No atiendas a posesiones injustas, y no digas: Tengo suficiente vida; porque nada aprovechará en el tiempo de la venganza (Eclo. V).» Pues también Isaías dice: «¡Ay de los que juntan casa con casa, y campo con campo unen hasta el límite del lugar! ¿habitarán solos en medio de la tierra?» (Isa. V.) Como si dijera abiertamente: ¿Hasta cuándo se extienden ustedes, que no pueden vivir sin compañeros en un mundo común? Oprimen ciertamente a los vecinos y contiguos; pero siempre encuentran contra quienes puedan extenderse. De donde está escrito: «El que busca enriquecerse, no será inocente (Prov. XXIII).» Y en otro lugar se dice: «Nada hay más inicuo que amar el dinero (Eclo. X).» Dura ciertamente y muy temerosa sentencia. Si nada hay más inicuo que el avaro, nada más inicuo; no es mejor que los parricidas, no se prefiere a los incestuosos, se iguala a los herejes, se asemeja a los idólatras. De donde también el Apóstol dice: «La avaricia que es idolatría (Col. III).» Sea, pues, cualquiera casto, sea sobrio, esté atento a alimentar a los necesitados, dado a la hospitalidad, ayune, vele, continúe el día con la noche cantando salmos; si, sin embargo, es avaro, lo pierde todo; de tal manera que no puede encontrarse a sí mismo más inicuo entre los culpables de todos los crímenes: «Nada hay, como se dice, más inicuo que amar el dinero (Eclo. X).» ¿Qué, pues, aprovechará no matar? ¿no cometer adulterio? ¿no robar? ¿no, en fin, perjurar? ¿y guardarte completamente inmune de todos los crímenes? si, sin embargo, la avaricia no se expulsa de ti, nada más inicuo, nada más inicuo se encuentra.

CAPÍTULO III. Qué es la avaricia.

Vaya, pues, el avaro, construya las paredes de la Iglesia, insista en el estudio de la predicación, reconcilie a los disidentes en paz, confirme a los vacilantes en la verdad de la fe católica, esté atento a ofrecer sacrificios diariamente, esté alejado de los negocios mundanos; mientras, sin embargo, no se extingue en él el ardor de la avaricia, toda flor de sus virtudes se quema, y no se encuentra nadie más culpable que él. En verdad, después de que la Escritura ha dicho que no hay nada más inicuo que el avaro, para que no pueda surgir ninguna duda sobre esta palabra, que es avaro, vigilante añadió: nada más inicuo que amar el dinero. Por lo tanto, ser avaro no es otra cosa que amar el dinero. Pues se ama el dinero adquirido, se ama igualmente el que se ha de adquirir. La avaricia ciertamente es como una serpiente bicéfala; acostumbra a morder con ambas bocas, a infundir veneno mortal con ambas; mientras se busca la cosa ajena, o se posee con deleite lo que se tiene. De aquel ciertamente que es devorado por ambas bocas de esta serpiente, está escrito: «Al hombre codicioso y avaro, sin razón es la riqueza; y al hombre envidioso, ¿para qué el oro? injustamente lo acumula para otros, y en sus bienes otro se deleitará (Eclo. XIV).» Además, hay quienes arden con todo deseo por adquirir lo ajeno: pero una vez que lo han obtenido, lo derrochan precipitadamente. Hay quienes no ansían adquirir lo ajeno, pero lo que es suyo lo conservan con una custodia tenaz como si fueran los sagrados de Ceres. Sin embargo, el género más horrible es el de aquellos que ambicionan torpemente lo ajeno, y lo que ya es de su derecho lo custodian con una avaricia sórdida. Peores ciertamente que los dragones de Babilonia, que, aunque se dice que guardan una inmensa cantidad de oro y plata, no despojan a nadie de su propia facultad: y contentos como si fueran cosas propias, no ansían lo ajeno. Pero, ¿de qué me sirve acumular riquezas, que nadie trajo consigo al entrar aquí; ni podrán acompañar al que se va del mundo? De donde dice el Apóstol: «Nada trajimos a este mundo, sin duda que tampoco podemos llevar nada; teniendo, pues, alimento y con qué cubrirnos, contentémonos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y nocivos, que hunden a los hombres en la ruina y la perdición. Porque la raíz de todos los males es la codicia, la cual algunos, al desearla, se desviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores (I Tim. V).»

CAPÍTULO IV. Cuán pernicioso es desear riquezas.

¿Qué, pues, es de extrañar que hayamos dicho antes que no hay nada más inicuo que el avaro, cuando se dice que la codicia es la raíz de todos los males? En quien es la raíz de todos los males, ese consecuentemente se demuestra culpable de todos los males; porque quien tiene en el campo de su pecho la raíz, no puede evitar la propagación venenosa. Ni debe pasarse por alto lo que dice: «La cual algunos, al desearla, se desviaron de la fe (Mat. XXVI).»

Ciertamente, como el traidor del Salvador, que, para recibir la cantidad de una suma exigua, vendió al Creador de todas las cosas, y por el amor vil del dinero, entregó al autor de la vida. Así como Balaam hijo de Beor (Núm. XXII), que, mientras ansiaba la ganancia del dinero que se le ofrecía, despreciando la fe de Dios, dio consejo sobre la ruina del pueblo israelita. Algunos ciertamente, hombres de no despreciable autoridad, dicen que este Balaam fue Heliu el Buzita, de la progenie de Buz, que fue el segundo hijo de Nacor, hermano de Abraham. Este Heliu, según se dice, fue amigo de Job (Job XXXII); porque era profeta, y poseía la revelación de la gracia espiritual; pero mientras poco a poco se inclinaba al vicio de la avaricia, de profeta se convirtió en adivino, de adivino se convirtió en mago. He aquí lo que la avaricia aporta de utilidad; que mientras quita la fe a los hombres, convierte al profeta en mago, y desde la cumbre del apostolado lo hunde en el abismo. ¿Acaso Giezi no se había desviado de la fe, quien, mientras recibía el dinero que Naaman ofrecía, sospechaba que el espíritu de su señor estaba ausente? Pero Eliseo dice: «¿No estaba mi corazón presente cuando el hombre volvió de su carro a tu encuentro?» (II Reyes V.) Donde se debe considerar cuidadosamente que, si aquel fue castigado por recibir el precio del poder del profeta, ¿cómo se atreve alguien a vender el juicio del papa? «Recibiste, dice Eliseo, plata y vestidos, para comprar olivares y viñas, ovejas y bueyes, siervos y siervas; pero la lepra de Naaman se adherirá a ti y a tu descendencia para siempre (Ibid.).»

Se encuentran ciertamente dos autores de la herejía simoníaca, uno en el Antiguo Testamento, otro en el Nuevo; que también perfeccionaron dos tipos de simoníacos, los que venden y los que compran. Giezi ciertamente vendió el don del Espíritu Santo (II Reyes V), Simón el Mago intentó comprarlo (Hechos VIII). No solo debe llamarse simoníaco a aquel que da o recibe precio por las órdenes sagradas; sino también al que vende el sínodo, al que vende el juicio sacerdotal. Pero tal vez alguien diga: ¿Y entonces aquel que da algo por la sentencia sinodal incurre en el crimen de simonía? No diría esto; porque tampoco Naaman pecó, al ofrecer un regalo al siervo fraudulento por reverencia a su sanador. Pues es una cosa desear la justicia de su causa, otra tener la censura canónica, que fue establecida por el Espíritu Santo, como venal. ¿Y con qué conciencia tomamos precio por promulgar el cálculo de la sentencia judicial; cuando aquel a quien brindamos patrocinio venal, o litiga justamente, o injustamente? Si litiga justamente, sin duda vendemos la verdad; si injustamente, luchamos con temeridad de audacia impudente contra la verdad, que es Cristo. De ahí que se ordene en la ley: «Justamente lo que es justo, ejecutarás (Deut. XVI).» Injustamente, pues, lo que es justo ejecuta quien a la defensa de la justicia no se excita por la emulación de la virtud, sino por el amor del premio temporal. Pues injustamente lo que es justo se dice que ejecuta quien no teme vender la justicia que pretende. Pero aquel que lo que es justo justamente se prueba que ejecuta, quien en la afirmación de la justicia no busca otra cosa que la justicia misma.

CAPÍTULO V. Que son simoníacos no solo los que pactan, sino también los que piden dinero no pactado.

Y porque hay algunos que, ya sea antes de exhibir el ministerio de la consagración, o antes de decidir el negocio de la causa, no han pactado ningún beneficio; después, sin embargo, como si fueran deudores, exigen, y se esfuerzan vehementemente en extorsionar remuneraciones;

estos no deben dudar en incurrir en el crimen de Giezi (II Reyes VIII), quien, después de que Naaman fue curado, y ya regresando, se atrevió a pedir dinero por el don del Espíritu Santo. Y así como aquel no fue castigado con otra cosa que con la plaga de la lepra, que alejaba a los hombres de los campamentos; 547 así este no es manchado con una leve, sino con la mancha de aquel crimen que lo separa de los sacramentos de la Iglesia.

Vi claramente, mientras ejercía el oficio del ápice episcopal, a uno de nuestros hermanos, cuyo nombre omito, pero noto su defecto, que saltaba y se exaltaba de tal manera, mientras se acercaba el tiempo fijado para el sínodo, como si se tratara de la cosecha de la trilla o de la vendimia. Se preparaba para recoger regalos, para los cuales no afilaba la hoja de un cuchillo, sino la hoz de su elocuencia, y se decía que tenía pseudoapóstoles de esta misma estafa, que recogían dinero de aquí y de allá, y lo llenaban en bolsas ya rebosantes. Si alguien se enoja conmigo por reprender tan mordazmente a mi consacerdote, que reprenda a Juan y a Mateo (Juan XII, XIII, II, XVIII; Mateo XXVI), quienes, al seguir la verdad de la historia sagrada, describen a su coapóstol como un traidor sacrílego codicioso de dinero. Esperando ganancias de este tipo, el enemigo antiguo a menudo los engaña, de modo que nunca les cumple lo que prometió. Así como los cazadores atraen al halcón con la carne, pero tan pronto como lo tienen en la mano, le quitan la carne y le atan las patas con una correa; así el diablo primero promete ganancias, que luego retira, y solo lanza la trampa del pecado. De esta manera, quien codicia regalos, como un ratón, mientras intenta roer el cebo, es asfixiado por la trampa. Esto fue lo que previno excelentemente el ilustre Fabricio, a quien el rey Pirro de Epiro, al luchar contra el imperio de la república romana, al descubrir que era pobre, comenzó a tentar, prometiéndole una cuarta parte de su reino si desertaba a su lado. Pero él lo despreció y, más glorioso que cualquier rey, permaneció en su pobreza. Esto debe escuchar el cristiano avaro, y así avergonzarse de su paganismo y del Evangelio del hombre gentil. Y a menudo se recibe un regalo con la intención de que, si el generoso resulta culpable, no se gane el refugio de la justicia. Lo cual es fácil de prometer, pero difícil de cumplir. Porque, habiendo recibido regalos, si queremos actuar contra el donante, las palabras en nuestra boca se suavizan de inmediato, el filo de la locución se embota, la lengua se ve obstaculizada por una cierta vergüenza. La mente, consciente del regalo recibido, debilita el vigor de la censura judicial, reprime la libertad de la elocuencia. Porque, aunque no se elimina por completo la rectitud del juicio, la autoridad para juzgar se debilita. Algunos, sin embargo, tienen tal custodia sobre sí mismos que, mientras el asunto judicial aún está pendiente, no aceptan nada del oferente; pero, una vez resueltas las disputas, no desprecian lo que se les ofrece gratuitamente. Sin embargo, al surgir nuevas causas, a menudo sucede que lo que pensaban haber recibido gratis, se ven obligados a compensarlo en otros asuntos; y el peligro del río, que pensaban haber dejado atrás, inesperadamente lo encuentran frente a ellos para cruzar. Por lo tanto, es seguro e íntegro, como dice el profeta: «Sacudamos nuestras manos de todo regalo»; y conservemos para nosotros la libertad genuina de dañar o ayudar, para que no litiguemos bajo la servidumbre del dinero, sino que sirvamos en la libertad de la justicia. Si alguien se queja de la estrechez de sus recursos domésticos, que escuche atentamente lo que está escrito: «Por la pobreza muchos han pecado, y quien busca enriquecerse, aparta su mirada» (Eclesiástico XXVII). Si, por lo tanto, pecan aquellos que soportan la pobreza de sus bienes familiares, que ven que les faltan incluso las cosas necesarias para la vida; si, digo, también estos pecan, mientras se afanan por adquirir no cosas superfluas sino necesarias; ¿qué juicio habrá para aquellos que buscan enriquecerse para derrochar? ¿Para acumular diversas especies de metales y vestimentas sujetas a las polillas? A quienes el apóstol Santiago amenaza terriblemente: «Vamos ahora, ricos, llorad y aullad por las miserias que os vendrán» (Santiago V). Y después de estas palabras, añade la causa: «Vuestras riquezas están podridas,

vuestras vestiduras están comidas por las polillas, vuestro oro y plata están corroídos, y su corrosión será testimonio contra vosotros, y devorará vuestra carne como fuego; habéis acumulado ira para los últimos días» (Ibid.).

CAPÍTULO VI. Que las riquezas no se busquen por necesidad, sino por lujo.

Por otra parte, aquellos que son así, no se quejan de la pobreza para sostener las necesidades de la naturaleza con los apoyos necesarios; sino para que las bandejas llenas de manjares huelan a especias de la India, para que en vasos de cristal los vinos adulterados con miel brillen. Ciertamente desean enriquecerse para que, dondequiera que vayan, tengan a mano una habitación adornada con cortinas maravillosamente tejidas, y así envuelvan las paredes de la casa de la vista de los observadores como si fuera un cadáver a enterrar. Inmediatamente también cubren los asientos con tapices que muestran imágenes prodigiosas, colocan cortinas en los techos para que nada caiga de lo alto; luego se divide la multitud de clientes. Algunos asisten reverentemente a su señor, y observan con demasiada curiosidad, como astrólogos, cualquier gesto que pueda ordenar. Otros, dedicados al ministerio de Marta, como golondrinas, corren inquietos por todas partes. Pero entre estas locuras de ambición delirante, ¿qué buscan los respaldos que no merecen ser vistos por sus dueños? Sufren una grave pérdida de su ornamento, ya que en la nuca o el cuello no brotan ojos. Y qué útil es el tipo de riqueza que, aunque no tiene otro uso que la belleza, no puede alimentar a su poseedor con su apariencia. Sirve solo para los ojos ajenos, ya que no se cuelga para ser visto, sino detrás del dueño. Y se cree que es una locura similar cuando el lecho se adorna con gastos tan elaborados, que supera el ornamento de cualquier altar sagrado o incluso del altar apostólico. Y qué absurdo parece que se adorne más cuidadosamente el lecho donde la carne corruptible se relaja en el sueño, que el altar de la cruz, donde se inmola la hostia del cuerpo del Señor. Así, mientras la sobriedad suele recomendar a los pontífices, ahora, con las riquezas derrochadas, se han convertido en glotones. Por lo tanto, la púrpura real (ver escolios al final del opúsculo), porque es de un solo color, se desprecia, mientras que las telas teñidas con diversos colores brillantes se destinan al ornamento del lecho elevado. Y mientras las púrpuras domésticas nos parecen despreciables, las pieles de ultramar, porque se compran a gran precio, nos deleitan. Se desprecian las pieles de ovejas y corderos, se buscan armiños, cebellinas, martas y zorros. Aunque estas son honradas en las sagradas escrituras y representan a la Iglesia o a la persona del Salvador: «Mis ovejas oyen mi voz» (Juan X); y: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan I). De estos otros, sin embargo, se debe guardar silencio por completo, y son indignos de ser mencionados en la Escritura; o, si se encuentra alguna mención de ellos, se les atribuye una figura negativa. Como es aquello: «Las zorras tienen madrigueras, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza» (Mateo VIII; Lucas IX). He aquí que Cristo no se reclina en las zorras; el cristiano duerme bajo pieles de zorro. Rechaza a los animales decorados con el nombre del Redentor del mundo; considera su ornamento aquello que insinúa figuras de los reprobados. Pero estos ricos se enfrentan a un obstáculo no menor, porque, mientras se cubren con mantas adornadas y pintadas, ¡ay de ellos! no pueden dormir con los ojos abiertos. Por lo tanto, se debe envidiar a Régulo, antiguo cónsul de los romanos (EUTROP. Historia, libro II, al final), a quien los cartagineses, mientras persistía firmemente en el amor a la república, le cortaron los párpados. Y realmente, ¿de qué sirve este adorno de belleza, si no se ve? ¿De qué sirve ciertamente la variedad tan hermosa de cosas, si no alimenta el ánimo del observador? Evidentemente, este es un tipo de riqueza notable, que, mientras se usa, no puede ser vista; mientras se ve, no puede proporcionar uso. Cansa añadir más vanidades, no ridículas, sino lamentables; es tedioso enumerar tantos portentos de ambición y locura prodigiosa. Las tiaras papales, por ejemplo, corrompidas en diversos lugares con gemas brillantes y láminas de oro.

Los caballos imperiales, que, mientras avanzan con pasos rápidos y cuellos arqueados, fatigan con su indomable ferocidad las manos de su jinete atadas a las riendas. Omíto los anillos adornados con perlas enormes. Paso por alto las varas, ya no visibles por el oro y las gemas, sino enterradas. Nunca recuerdo haber visto báculos pontificales tan continuamente cubiertos con el brillo de metal resplandeciente, como los que llevaban los obispos de Esculano y Tranense. Sin embargo, ambos fueron depuestos, uno en los confines de Apulia, bajo el pontificado de Nicolás; el otro en la Iglesia Lateranense, ante Alejandro, pontífices romanos. Y no les sirvió de nada que los pontífices usaran báculos de madera dorados; ya que el mérito del sacerdocio no lo otorga el brillo de las vestiduras, sino la norma de las virtudes espirituales; y no las perlas brillantes o las gemas, sino las costumbres doradas adornan al sacerdote. Así como la verdadera humildad del sacerdote concilia a Dios consigo mismo y recomienda sus demás bienes; así el tumor de la arrogancia y la ambición de la vanidad provocan la ira de la indignación divina contra sí mismo, y luchan contra el bien que alguna vez pudo haber realizado. Por eso, a través de Isaías, el Señor dice: «¿No me indignaré por estas cosas?» (Isaías LVII). El sacerdote asciende al monte sublime, cuando se eleva en el orgullo de la soberbia a través de ciertas insolencias de un adorno adulterado. Y cuando el alma del sacerdote, como esposa de Cristo, está unida a él por el vínculo del matrimonio espiritual; si busca tanto el adorno exterior que pospone el ornamento interior, de alguna manera introduce al adúltero en el lecho de su esposo. Por eso, la voz divina añade: «Porque junto a mí, dice, te descubriste, y recibiste al adúltero» (Ibid.). ¡Oh, qué dolor tan amargo es, si, cuando el esposo está presente, se introduce al adúltero; y en el tálamo donde reposa el esposo, se admite al rival incestuoso! Por eso, se añade de inmediato: «Ensanchaste tu lecho, y pactaste con ellos, amaste su lecho con mano abierta.» Y para no callar sobre el adorno o las delicias, inmediatamente añade: «Y te adornaste con unguento regio, y multiplicaste tus perfumes» (Ibid.). Pero después de confundir la arrogancia de los soberbios y de los que viven lujosamente, de inmediato consuela al espíritu de los humildes y de los afligidos de manera saludable: «Quitad, dice, los obstáculos de mi pueblo, porque así dice el Señor excelso y sublime, que habita en la eternidad en lo alto, y habita en lo santo, y con el espíritu contrito y humillado, para vivificar el espíritu de los humildes, y vivificar el corazón de los contritos» (Jeremías VII). El corazón del sacerdote de Dios debe ser el templo, el santuario de Cristo, no ciertamente, como se lee, una cueva de ladrones (Mateo XXI), o un receptáculo de dinero sucio. Porque cada mente se considera en el juicio divino como aquello que, por concupiscencia, imagina en su pensamiento. Si imagina fornicación o adulterio, se convierte en un burdel de prostitutas; si medita en el derramamiento de sangre y el odio, es un campo de guerreros furiosos; si alguien piensa en las delicias de los alimentos y las comidas sabrosas, ¿qué otra cosa parece ante Dios, sino una olla o caldero en el que se cocina la comida? Si trata de controversias y litigios, ¿qué otra cosa es que un tribunal de juez o un foro? Por eso, cuando el Señor dijo a Ezequiel: «Entra y ve las abominaciones más perversas que estos hacen aquí»; de inmediato añade: «Y entré y vi, y he aquí toda la semejanza de reptiles y animales, abominación, y todos los ídolos de la casa de Israel estaban pintados en la pared alrededor por todo» (Ezequiel VIII). Porque lo que se imagina en la mente, se ve como pintado en la pared. Y la mente misma contrae las imágenes de las cosas que medita con diligencia; y se pinta con las diversas imágenes de las acciones, según medita cosas vanas o útiles. Como si alguien mirara ahora las estrellas brillantes, ahora bajara los ojos a una letrina, ahora admirara el brillo del oro resplandeciente, ahora contemplara la herrumbre áspera del hierro; así, así la mente humana, mientras medita en cosas terrenales e ínfimas, sin duda se ve como tierra; pero cuando trata de las cosas de piedad, cuando piensa en las cosas divinas y celestiales, con razón se ve como cielo, templo de Dios, y santuario.

CAPÍTULO VII. Que la Iglesia Romana es la sede de los apóstoles.

Ahora, además, la Iglesia Romana, que es la sede de los apóstoles, debe imitar la antigua curia de los romanos. Así como entonces el senado terrenal compartía todo consejo, dirigía y ejercía con sutileza el estudio de la industria común, para que la multitud de todas las naciones se sometiera al imperio romano; así ahora los guardianes de la sede apostólica, que son los senadores espirituales de la Iglesia universal, deben dedicarse diligentemente a este único estudio, para que puedan someter al género humano a las leyes del verdadero emperador Cristo. Y así como entonces los cónsules romanos traían victorias de diversas partes del mundo, después de haber derrotado a los enemigos; así ahora deben liberar las almas de los hombres cautivas de la mano del diablo. A estos títulos de victoria, a estos triunfos deben aspirar siempre; es decir, que se alegren de arrebatarse las presas de las almas perdidas al antiguo ladrón, y de llevar a su rey Cristo las insignias victoriosas. Este conflicto lo señaló David cuando conquistó la ciudad de Rabbath. Rabbath significa multitud o grande, lo cual se reconoce que significa adecuadamente la universalidad de este mundo. David conquistó la ciudad de Rabbath (IV Reyes XII), cuando Cristo sometió a la gran y copiosa multitud de este mundo a sus leyes. David quitó la corona de la cabeza de su rey y se la puso, como testifica la Escritura, lo cual el verdadero David, Cristo, cumplió cuando arrebató a los sabios del mundo, con los que de alguna manera el diablo se adornaba, y los convirtió en diadema de su gloria y honor. La multitud de los fieles no solo se considera corona de Cristo, sino también de cualquier maestro, por cuya predicación se convierte. Como dice Pablo a los Filipenses: «Así que, hermanos míos amados, gozo mío y corona mía, estad así firmes en el Señor» (Filipenses IV). Pero también llevó consigo un gran botín, según la Escritura. El botín se toma de Rabbath, cuando de este mundo los fieles y devotos se convierten al servicio de Dios todopoderoso. Vosotros, digo, oh santos pontífices, vosotros debéis ser principalmente estos saqueadores; que diariamente os esforzáis por arrebatarse las almas de los hombres de las manos del poseedor reprobado, y llevar a vuestro rey David los trofeos triunfales. Sin embargo, no basta con que, cuando alguien es arrebatado al diablo y convertido a Dios con piadosa devoción, no sea también inmediatamente quebrantado de la dureza de su estado como con el martillo de la predicación sagrada. Por eso, a través de Jeremías: «¿No son mis palabras como fuego, dice el Señor, y como martillo que quebranta la piedra?» (Jeremías XXIII). Las palabras del Señor son como fuego, porque expulsan el frío, infunden calor en las mentes; son como martillo, porque ablandan la dureza de la obstinación y la terquedad. Por eso, la historia sagrada añade congruentemente: «Llevando también a su pueblo, lo guardó, y los hizo pasar sobre ellos carros de hierro; los dividió con cuchillos, y los hizo pasar por el horno de ladrillos» (I Reyes XII). ¿Qué entendemos por carros de hierro, que ciertamente son un tipo de carros, sino la fuerte e inexpugnable cuadriga de los santos evangelistas, y por lo tanto el discurso de todas las Escrituras divinas? Porque, como dijimos en otro lugar, el hierro, aunque vil, domina todo metal. Así como el hierro domina todos los metales, así se reconoce que la doctrina evangélica ablanda las mentes duras. ¿Qué es entonces hacer pasar carros de hierro sobre los hombres capturados, sino triturar el campo de las mentes humanas con las ruedas de la Escritura sagrada? para que en ellas la palabra divina aplaste los terrones de los vicios que se resisten, y se esfuerce por allanar y nivelar para recibir las semillas de los mandamientos celestiales. ¿Y qué es dividirlos con cuchillos, sino abrir la conciencia de los hombres pecadores a la confesión con las predicaciones de la palabra divina? De la cual palabra dice el Apóstol: «La espada del espíritu, que es la palabra de Dios» (Efesios VI). Entonces el hombre se divide como con cuchillos espirituales, cuando es cortado con la espada de la palabra divina para descubrir las heridas de su alma. ¿Por qué se dice que los hizo pasar por el horno de ladrillos, sino porque los ladrillos son terrenales y cocidos? Entonces el pecador se convierte en un ladrillo, cuando a la voz de la predicación concibe el ardor del Espíritu Santo, y, verdaderamente humillado, se reconoce como tierra y barro. Así,

el convertido y penitente se forma en la imagen de un ladrillo, cuando se humilla por el barro de su fragilidad, y como que enrojece o arde en el amor divino, para que, mientras se considera polvo terrenal, encienda su corazón para dar gracias a Dios, quien lo ha llamado de nuevo. Por eso, Adán se interpreta como tierra roja, para que cada uno aprenda del nombre del primer padre lo que es originalmente, o lo que le conviene ser actualmente. A estos triunfos deben aspirar los sacerdotes de las Iglesias, a estas victorias deben anhelar los santos pontífices, no a los suntuosos manjares de las comidas, no a ser disueltos por la lujuriosa petulancia de la voluptuosidad. Porque después del comienzo del mundo naciente, durante casi mil seiscientos años, el género humano vivió sin la bebida del vino y el consumo de carne; y sin embargo, nadie, que la Escritura mencione, languideció hasta la muerte por enfermedad.

CAPÍTULO VIII. Epílogo y conclusión del opúsculo.

Pero para concluir ya, con el breve final de un epílogo, lo que se ha comprendido más ampliamente arriba: y habiendo cumplido la función de una piedra de afilar, mientras yo mismo no corto, afilo más y más el filo del hierro que corta; que la avaricia sea arrancada de raíz de nuestro corazón, condenada evidentemente por los testimonios de todas las Escrituras: y que, como Acan hijo de Carmi, sea apedreada por tantas sentencias de los Padres como piedras (Josué VII). No nos deleitemos en recibir regalos, para que en el examen del censor oculto no seamos, ¡Dios no lo quiera!, arrojados del orden sacerdotal, como los hijos de Samuel perdieron la dignidad del ápice judicial por esto. No vendamos el sínodo, ni reduzcamos el decreto sinodal a la cantidad de un precio, para que no parezca que vendemos al autor del Espíritu Santo del sagrado concilio. Que la ambición de la pompa secular se aleje, que se modere el brillo y la insolencia de las vestiduras, que se temple la ingurgitación de las comidas y bebidas. Que nuestro dinero pase a manos de los pobres; que la bolsa que se había hinchado por la avaricia, ahora vaciada por la misericordia, se llene. Que nuestras riquezas y nuestro tesoro sean las ganancias de las almas, y que en el arca de nuestro pecho se guarden los preciosos talentos de las virtudes. En este altar también ofrezcamos principalmente el sacrificio, y, habiendo derrotado lo que nos rodea, finalmente nos inmoemos a nosotros mismos como hostias vivas a Dios; para que, siendo vistos como sacerdotes ante los ojos de los hombres, también ejerzamos el verdadero sacerdocio ante la mirada del Juez oculto.

ESCOLIOS.

Regal, por tanto, la púrpura, al ser de un solo color, es menospreciada; mientras que los mantos teñidos con diversos brillos se destinan al ornamento de lechos sublimes. De este pasaje se deduce fácilmente que mucho antes de lo que algunos recientes afirman, la púrpura fue el hábito de los cardenales de la Santa Iglesia Romana, y no solo de aquellos que, del orden de los clérigos, eran elevados a tan sublime altura, sino también de los monjes de los claustros de San Benito que eran asumidos a esa dignidad. Pues consta que aquellos a quienes Pedro Damiano escribe, eran monjes de la familia de San Benito, a quienes sin embargo les habla así: «Y cuando las púrpuras domésticas nos parecen despreciables, las pieles de ultramar, porque se compran a gran precio, nos deleitan.» Creo, como decía, que el uso de la púrpura entre los prelados de la Santa Iglesia Romana es mucho más antiguo de lo que algunos recientes piensan. Y ciertamente, si en estas cosas vale el argumento tomado de las pinturas, el uso de la púrpura no solo en los clérigos, sino también en los monjes, es probado como antiquísimo por el autor del libro dedicado al beato Desiderio, abad y cardenal, cerca del año del Señor 1060, y trasladado con muchos otros de la biblioteca de Montecassino al Vaticano: en cuya portada, el mismo Desiderio, digo, monje y abad del sagrado monasterio

de Montecasino, y presbítero cardenal del título de Santa Cecilia, es visto con doble vestimenta, una ceñida, otra talar, y ambas casi consulares de púrpura, adornadas con una cinta dorada en cada extremo. No hay duda de que esa pintura fue hecha en vida de Desiderio; pues además de que los versos que al principio del libro le dirige un anónimo escritor de Montecasino lo abordan como presente: también lo muestra el hecho de que Desiderio tiene en la parte posterior de la cabeza una tablilla cuadrada, que los monumentos antiquísimos de la Ciudad, de los cuales hemos observado muchos, demuestran que solía ser indicio de estar vivo en ese tiempo: y lo testifica Juan diácono cardenal en la Vida de San Gregorio, libro IV, capítulo 84. Además, así como los cardenales sucedieron en el lugar del antiguo senado, es muy verosímil que mucho antes de lo que estos recientes opinan, fueron dotados de púrpura por los pontífices romanos. Pero, y cuando dicen que Inocencio IV en el año de Cristo 1244 estableció que los cardenales, montados a caballo en público, usaran un sombrero rojo; y que Pablo II en el año del Señor 1464 ordenó por su Decreto que los sombreros de los cardenales fueran hechos de seda escarlata, a quienes también, habiéndoles dado tela del mismo color, quiso que los caballos o mulas de ellos, mientras cabalgaban, fueran cubiertos; parece extraño cómo otros historiadores escriben que los cardenales en el tiempo de Clemente VI alrededor del año de Cristo 1353 y 1358 estaban vestidos y adornados con tela púrpura, tanto ellos como sus caballos, como lo dejó testimoniado el escritor de esa época Mateo Villani en la Crónica Florentina, libro III, capítulo 54, y libro VII, capítulo 100, y el defensor de la vida del beato Pedro de Luxemburgo, cardenal creado en el año 1386, aunque por un antipapa, menciona bastante claramente en dos lugares no solo el sombrero rojo, sino también la capa roja. Sin embargo, para no omitir en este lugar, también algunos abades de la orden benedictina, por gracia de mostrar dignidad (aunque sus monjes anduvieran vestidos de negro) usaron el violáceo; como consta en el registro antiquísimo del monasterio de Farfa, del cual aparece claramente que casi treinta y cinco abades hasta Suppone, quien vivió en el año del Señor 1040, gobernaron el monasterio vestidos con estas vestiduras. Se cree fácilmente que este color violáceo fue quitado a los abades, y especialmente a los que residían en Roma, o que solían estar presentes en el sagrado consistorio de los ilustrísimos cardenales y al sumo pontífice, y casi a su lado, por las injurias de los tiempos, las guerras y otras cosas semejantes, y la malicia de los hombres. Ni esto es sorprendente, ya que a los profesores de la orden benedictina, por la regla de su santísimo padre, se les permitió usar cualquier color. Por lo tanto, cuando brillaban con la dignidad cardenalicia o cualquier otra, para llevar una capa púrpura o violácea, no necesitaban dispensa del sumo pontífice (como los seguidores de otra institución, a quienes la regla les indica de otra manera). Aunque San Benito con sus monjes anduviera con vestimenta negra, en general, sin embargo, ordena esto: «De las cuales cosas, del color o grosor no se quejen los monjes; sino que sean como se puedan encontrar en la provincia en la que habitan.» De donde Pablo Diácono de Montecasino explica apropiadamente este lugar así: «No deben quejarse los monjes, si los calcetines fueran blancos, y las túnicas oscuras, es decir, si los calcetines fueran de un color, y las túnicas de otro y las capuchas de otro.» Y Ferriolus, refiriéndose al abad Smaragdo: «Evite también, dice, en estas cosas el color blanco o demasiado rojo, por el cual a menudo la apariencia del cuerpo se recomienda a su propia perdición a los que lo ven.» Esto dice Ferriolus, quien como si fuera por consejo advertía a los monjes de este tipo. Con lo cual, claramente consta que los monjes que viven en los claustros, si podían ser cubiertos con vestimenta de cualquier color, con mayor razón los prohombres de la Iglesia, constituidos sin orden y sin culpa, podían ser distinguidos con vestiduras púrpuras o violáceas, ¿quién lo duda?

Bendito sea el nombre del Señor.